

La posición del analista: Avante-guarde en el Acto

En principio, subrayamos una posición ‘inquieta’ (*restless*) en relación a la ética del analista, posición que puede ser articulada con la metáfora del “litoral”: una península que actúa como un borde que se encuentra tanto adentro como afuera, indicando diferentes dominios anudados topológicamente. En su uso común, litoral se refiere a esa zona costera de transición “entre la tierra y el mar” y que es reclamada a su vez por los movimientos más o menos regulares y predecibles de las mareas. Es también un borde precario que puede alterarse cuando una tormenta genera un dramático retroceso del océano y expone grandes franjas de un mar invisible.

La posición del analista implica un movimiento constante en el encuentro con lo desconocido y lo no familiar, según las formaciones del inconsciente y el deslizamiento del significado bajo el significante.

Lacan subraya que el psicoanalista es “al menos dos”: el analista en el acto analítico, produciendo “efectos” en el tratamiento, y el analista que “sobre esos efectos teoriza”. Señala así el anudamiento entre el análisis en intensidad y el análisis en extensión – dos aspectos del mismo circuito de Moebius, donde el psicoanálisis en intensidad está en una posición litoral frente a su posición en extensión y viceversa. Este punto límite es el fundamento de una ética que tiene en cuenta la separación entre saber y verdad, y se sostiene en la escucha atenta del tiempo lógico del acto en su singularidad, único en el aquí y ahora de cada situación transferencial. De este modo, permite de-construir las pretensiones de un saber totalizante a la manera de la religión

o de la ciencia; la escritura topológica del ocho-interior permite superar el binarismo del interior versus exterior, dentro o afuera, subvirtiendo la representación esférica como símbolo de la totalidad, como figura cerrada unificante que caracteriza los discursos socio-simbólico dominantes.

El analista opera en el lugar del saber/no saber que sustenta la inventiva del objeto *a*, ese vacío en la estructura que indica aquello que siempre ya se ha perdido: la falta real de un objeto situado tanto dentro como fuera del campo perceptivo articulado en todas las constelaciones simbólicas/imaginarias, y que alimenta el movimiento perpetuo del deseo.

Esta posición implica una sintonía con el presente que se expresa tanto en el orden del acto analítico, como en la apertura que el analista sostiene hacia las transformaciones sociales e históricas que ocurren en el ámbito simbólico en que se desplaza la transferencia, y que son tan acentuadas en estos días con el cuestionamiento y la de-construcción de la epistemología patriarcal. Al abordar el sufrimiento del sujeto en el aquí y ahora del acto clínico, el analista tiene en cuenta los efectos del orden simbólico y sus transformaciones, siempre abierto hacia la actualidad y su futuro. Definimos lo 'actual' como las circunstancias histórico-sociales particulares que afectan al sujeto, a distinguir de la realidad como dato empírico inmediato, cuyo conocimiento generalizado se supone asegurado en los protocolos clínicos que se quieren basados en la 'evidencia'.

El analista opera en una posición de vanguardia, tan rigurosa como en evolución, de la misma forma que la bailarina que "baila sobre un dedo del pie", para usar la metáfora que Freud empleó en el segundo prefacio de *Moisés y la Religión*

Monoteísta. No es casualidad que Freud describa así su propio proceso de escritura en el momento en que se exiliaba permanentemente de Viena; señalaba además que enfrentaba “recelos interiores, así como también obstáculos externos” en el momento de llevar adelante la publicación del último ensayo, dadas las dramáticas condiciones políticas que se avecinaban. Sin embargo, la “convicción de sus conclusiones” hacían necesaria su publicación. ¿Sería posible evocar un ejemplo más claro de la posición litoral del analista en intensidad y extensión, y articulada en la ética del acto analítico? El analista “de puntillas” se opone al pie plano “nostálgico” que expresan algunos practicantes frente a las transformaciones sociales de nuestro tiempo.

En la particularidad del acto, el espacio transferencial va diseñando progresivamente una suerte de ‘laguna’, un sitio litoral creado por una separación del mar abierto. Como resultado del desarrollo de la cura, el litoral puede servir como entorno protector contra las mareas de la tormenta, proporcionando un pasaje seguro entre la tierra y el mar. Como indicó Aristóteles en sus observaciones de la laguna de la isla de Lesbos en el mar Egeo, estos litorales son lugares de transformación que permiten un cambio de una condición a otra, una travesía más allá donde la vida puede emerger, puede abundar.

La articulación de la cura implica una transformación subjetiva: el desmantelamiento de las ilusiones identificatorias, el reconocimiento progresivo de la propia deuda subjetiva, el abandono del apego a un objeto que podría permitir la plenitud o corregir nuestra falla original, y el encuentro repetido con *Das Ding*, con lo incognoscible del otro y de uno mismo, conduciendo a un progresivo desmoronamiento

del sujeto supuesto saber. Es una trayectoria hacia una nueva economía psíquica y una nueva posición subjetiva informada por el deseo.

El espacio de la transferencia permite una *trans*-formación subjetiva, donde la ética del analista habita una posición de tránsito. Es necesario subrayar el término '*trans*', ya que tiene relevancia en la particularidad de la trayectoria analítica, tanto del lado del analista como del analizante, en relación con el sujeto dividido y el "*no todo*".

La naturaleza del significante es relacional y oposicional, excluyendo cualquier forma de esencialismo; sus efectos introducen la diferencia y la alteridad que causa la división del sujeto, irreductible a una lógica binaria ya que tales efectos convocan al Otro y dejan un resto en el objeto *a*. El objeto *a*, objeto causa del deseo y soporte del goce del sujeto, es heterogéneo a lo simbólico. En la relación entre Uno y Otro, entre el sujeto y su goce, entre un sujeto y un otro, hay un hiato, una falta de conmensurabilidad que fundamenta el principio de la no-proporción sexual. Esto implica que al sujeto -siendo su relación al goce imposible de ser plenamente inscribible en lo simbólico- le falta una "identidad *designable*". "Cada vez que hablamos de algo llamado sujeto lo convertimos en un Uno". Pero de lo que tenemos que darnos cuenta es precisamente de esto: "falta el Uno para designarlo (*il manque l'un pour le désigner*)"¹.

La referencia a "la identidad" es omnipresente en nuestro tiempo, más allá de la luchas sociales y políticas que puedan justificar esta referencia en el contexto del avance hacia la adquisición de derechos civiles. La extensión actual de la sociedad del espectáculo multiplica tanto las posiciones "relativistas" (a cada uno su verdad), como las "nihilistas" (rechazo cínico o pesimista). En nuestra práctica clínica vemos a muchos

¹ J. Lacan, *Le Séminaire livre XIII, L'objet de la psychanalyse*, Décembre 15, 1965.

jóvenes confundidos por la multiplicidad de interpelaciones y ofrecimientos de los medios de comunicación, abatidos por sus contradicciones y disipaciones que muchas veces generan una reacción de encierro y aislamiento.

En este sentido nos preguntamos hasta qué punto la necesidad de construir, declarar y hacer performance de la identidad no constituye una respuesta sintomática a estas ofertas, un despliegue narcisista exigido por la sociedad del espectáculo que suple la ausencia de valores y visiones compartidas, de objetivos comunes que puedan engendrar esperanza movilizándolo a una participación activa en el lazo social. El imperativo del liberalismo individual -éxito, dinero y visibilidad- promueven declaraciones de identidad que a su vez potencian la competencia y el aislamiento.

El empuje a la 'performance' alimentada por la sociedad del espectáculo y su consumismo endémico, pone de relieve la tensión dialéctica entre la posición del espectador y la del testigo. Los ciudadanos confrontados a la brutalidad de ciertos eventos sociales se encuentran oscilando entre estas posiciones, planteando la cuestión de su rol y su responsabilidad en el lazo social. El caso del asesinato de un ciudadano negro de 29 años por cinco policías a principios de enero de 2023 –el más reciente de una interminable serie de crímenes racistas perpetrados por fuerzas policiales en EE. UU.– ilustra bien la perversión intrínseca de las relaciones entre performance, protección y vigilancia. La gente esperaba ansiosa la publicación del video realizado por las cámaras que portaban los policías involucrados en las acciones, solo para verse confrontados al final con una actuación asesina. Las voces de los oficiales recitaban una serie de órdenes estereotipadas obviamente dirigidas al público que juzgará sus acciones filmadas, *actuando para ellos*, mientras que sus acciones

violentas contradicen totalmente sus expresiones. El asesinato atroz de un ciudadano indefenso y complaciente, -que, en todo caso, sólo pedía ayuda- implica la *espectacularización* de la actuación ofrecida a la vigilancia, a la vez que una negación radical de los hechos, negación omnipresente en la sociedad actual. No hace falta decir que el informe policial escrito horas después de la golpiza discrepaba absolutamente con lo que los videos mostraban.

El lazo entre el despliegue de la performance, la verdad y la negación de los hechos necesita ser cuidadosamente evaluada a la luz de la constante apelación a *la libertad* que propone el libre mercado. La exhortación a la libertad se acompaña en todo sentido con la imperiosa demanda de definir la identidad. El mito de la libertad individual a expensas de *lo colectivo* produce explotaciones consumistas según el poder de intereses especiales y al mismo tiempo, perpetúa nuevas formas de segregación.

En efectos, nuevas formas segregativas se hacen escuchar en nuestra práctica. Tal como lo señaló Lacan, la escucha del analista opera según una lógica articulada en una cadena de letras tan rigurosa que, a condición de no faltar ninguna, lo no sabido se ordena como forma del saber. Si esto define la ética del deseo del analista, su posición requiere tanto un despertar hacia el decir como hacia el universo simbólico, imaginario y real en el que opera dicho decir. Devolviendo al sujeto la responsabilidad de su acción, la trayectoria analítica permite relanzar el compromiso subjetivo con el colectivo.

Colaboraron en este trabajo:

Lillian Ferrari, Anna Fishzon, Peter Gillespie, Matt Johnson, Paola Mieli, Kerry Moore, Christie Offenbacher, Olga Poznansky, Mark Stafford, Monroe Street Schostal, Angelo Villa.